

TRES FUGITIVOS

(Primera parte)

Por **Alta Robinson**

SI ESA mañana los muchachos hubieran leído la historia de Jonás en el culto matutino, seguramente no se habrían escapado, pues habrían recordado que Jonás fue llevado de vuelta al punto de partida por un enorme pez, fue vomitado en la playa e inducido a comenzar su camino de nuevo.



El hecho es que esa tarde los tres se reunieron frente al dormitorio de varones de la escuela destinada a los hijos de los misioneros del Africa. Allí estaban, sentados en los escalones, hablando de las injusticias de que habían sido objeto durante los últimos días. Donaldo había tomado una resolución, y sus dos amigos, Enrique y Manuel, lo apoyaron. Más aún, se escaparían con él. Por un momento Donaldo vaciló aceptar el generoso ofrecimiento de los muchachos.

-Tú no debes acompañarme -le dijo a Manuel.

-Es demasiado lejos para que vayas solo, Donaldo. Yo te acompañaré- le aseguró Manuel.

-Pero tú vives en la dirección opuesta a la que vivimos Enrique y yo. ¿De qué te servirá todo eso?

-Bueno, los acompañaré hasta el recodo del Nakuru. De cualquier manera tengo tantos deseos de irme de aquí como tú. ¡Estoy harto de reglamentos! ¡Me iré aun cuando tenga que hacer el viaje solo!

¿Cómo podía Donaldo rebatir ese argumento? Enrique terció:

-Y recuerden que yo también voy.

Jonás se vio obligado a viajar solo y sin amigos. Pero ése no era el caso de Donaldo. Como no pudo hacer desistir a sus amigos de su propósito, Donaldo, con sus doce años, comenzó a trazar planes definidos, sin olvidar ni por un momento todas las injusticias de que había sido objeto.

-¿Cuándo nos iremos?

-Esta noche. ¡Esa profesora! Yo no la puedo ver más. Sólo porque yo tenía un cortaplumas, ella no tenía ningún derecho de culparme de que había rayado sus famosos sujetalibros de esteatita o jabón de sastre.

Y la mano de Donaldo se dirigió al bolsillo que ahora estaba vacío, en el cual había guardado su tesoro antes de que la indignada profesora se lo confiscara.

-Si yo hubiera querido tallar algo, no hubiera usado sus viejos sujetalibros. Pueden estar seguros de eso.

-Y tú no eras el único que tenía un cortaplumas -lo apoyó Enrique con simpatía-. ¿Por qué se enojó tanto cuando no pudo descubrir quién lo había hecho?

-Supongo que todos los maestros son así. Quieren saberlo todo. Y para colmo se fue al hogar y le hizo prometer a la Sra. Carey que nos pondría en dieta de hambre hasta que el culpable confesara.

Para Donaldo, cuya exuberante figura demostraba su aprecio por la buena comida, eso fue el colmo.

-¡Denme mi cortaplumas, y ya verán cómo le arreglo sus sujetalibros -explotó el muchacho-. (Su hambre lo había inducido a confesar su crimen, aunque nadie sabe hasta el día de hoy si realmente fue él el culpable.

-Me parece que al fin y al cabo estuvo bien que te echaras la culpa, porque así nos dieron de comer otra vez -afirmó Enrique-. Después de pasar dos días con espinaca, leche desnatada y pan sin mantequilla, hasta yo estaba listo para confesar cualquier cosa... ¡Sólo que tú me ganaste! -añadió Enrique tocándose el estómago que en ese momento estaba digiriendo un almuerzo completo.

Donaldo procuró ignorar modestamente su heroísmo, y pidió a sus amigos que lo ayudaran a hacer planes.

Y en verdad que era necesario hacerlos. Porque su escapada no consistía en salir a la calle y dar vuelta a la esquina. El hogar de Donaldo quedaba en Kamagambo, a unos 190 kilómetros de la escuela de Nairobi, donde los tres muchachos estaban internados. Enrique vivía en Ranen, 20 kilómetros más allá del lugar donde Donaldo se desviaría para ir a Kamagambo. Manuel, que era hijo de un agricultor de las altiplanicies, haría parte del camino con los otros dos, y luego se dirigiría hacia el norte, a Kitale.

Al principio los muchachos hablaron de viajar en tren. Pero llegaron a la conclusión de que, si ellos iban a comprar los billetes, podrían despertar alguna sospecha en el empleado de la estación, y habría la posibilidad de que éste llamara a la escuela por teléfono, indagara el asunto y se descubriera el complot. Además, cuando contaron el dinero que tenían, se dieron cuenta de que les alcanzaría sólo para dos estaciones. Y aún en el mejor de los casos, aun cuando pudieran llegar hasta la estación final, todavía les restarían más de 60 kilómetros para llegar a su casa.

La segunda posibilidad sería ir caminando.

-Demasiado peligroso -advirtió Donaldo-. En esta zona todo el mundo conoce a todo el mundo y querrán saber a dónde vamos y por qué.

-Además, nos llevará mucho tiempo recorrer esa distancia de más de 300 kilómetros -les recordó Enrique mirándose los pies-. Los zapatos no aguantarán; quizás moriremos de hambre...

-¡Morir de hambre! ¡No menciones esa palabra, por favor! -y a Donaldo se le ocurrió una gran idea-. ¡Ya lo sé! ¡En bicicleta!

-¡Bicicleta! La mía tiene varios rayos rotos, la de Enrique ha quedado trabada después del golpe y la tuya está en Kamagambo.

Pero Manuel fue interrumpido.

-Las bicicletas de las chicas. Las que están allá, contra la pared. ¡En ésas iremos!

-¿Robar las bicicletas de las chicas? Yo no -saltó Manuel.

-No las robaremos -explicó Donaldo-. Las llevaremos prestadas. En cuanto lleguemos a casa, las enviaremos de vuelta en el primer tren. Sus dueñas no lo tomarán a mal. Ellas simpatizan con nosotros. ¡Recuerda que ellas también estuvieron a dieta de hambre! Quizás hasta podríamos dejarles una nota... ¡No, las niñas no pueden guardar secretos! Les escribiremos una carta después de llegar a casa. ¡A casa! -y Donaldo, ensimismado, se quedó pensando en esa hermosa realidad.

Se trazaron los planes finales. Los muchachos decidieron seguir actuando como personas que hablan sido tratadas muy injustamente. Nadie sospechó el afiebrado plan que los absorbían ni tampoco se dio cuenta de las frecuentes miradas que echaban al reloj de la pared. A las nueve se retiraron a su cuarto, pero no para dormir. Ni siquiera se desvistieron. Cuando la Sra. Carey hizo su última recorrida, encontró a cada uno de los muchachos en su cama y les dio las buenas noches. Pronto se apagaron todas las

lucos y el hogar se sumió en el silencio de la noche.

Ninguno de los tres muchachos se había dado cuenta de que en ese momento la sublevación de los mau mau estaba en su apogeo, y que en esa región del África, cualquier persona que se aventura a salir a la carretera de noche, se exponía a que lo raptaran y lo torturaran. Y tres muchachos blancos, andando en bicicleta, constituirían un objetivo muy fácil para los infractores.

Después de un tiempo razonable, los muchachos se escurrieron por debajo de las frazadas, bajaron de la cama y buscaron a tientas los zapatos y unos envoltorios que habían preparado para llevar en el manubrio de sus bicicletas. Evitando pisar las tablas que rechinaban y mover las puertas que hacían ruido, salieron de puntillas al patio de atrás. Allí caminaron con cautela, porque los empleados africanos dormían en unos cuartitos que daban a ese patio. Sin experimentar ningún sobresalto de importancia, los aventureros eligieron las tres bicicletas más nuevas, montaron en ellas, recorrieron el camino de acceso y salieron a la calle, donde las luces de las esquinas formaban círculos blancos sobre el pavimento, haciendo más negra la oscuridad.

¿Miedo? Cuando Jonás ascendió por la pasarela del barco que lo llevaría a España, probablemente dio su primer respiro de alivio desde que recibiera la orden desagradable de: "Ve a Nínive". Descansando luego sobre cubierta, probablemente pensó: "¡Libre! ¡Libre para ir adonde quiera, para decir lo que quiera y para hacer lo que quiera!"

Y los tres muchachos que pedaleaban por la calle de Nairobi, también estaban libres. ¡O así lo pensaban! Si en ese momento Donald sintió algún temor, nunca lo habría admitido frente a Enrique; y si Manuel se imaginó ver en las sombras una hiena o un león agazapados, su hombría lo hizo callar. ¿Miedo? ¡No, tan sólo libertad!

¡Al fin estaban libres!